

Hasta que mueras

OTUM
ONES

FACTOTUM
EDICIONES

Robles, Raquel
Hasta que mueras / Raquel Robles. - 1a ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Factotum Ediciones, 2019.
256 p. ; 23 x 14 cm.

ISBN 978-987-4198-20-4

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© Raquel Robles, 2019

© Factotum Ediciones, 2019
Pasaje Rivarola 115 (1015)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com

Primera edición, 2019.

Coordinación editorial: Luciano Páez
Foto de tapa: *Sin título*, Serie Möbius, 1999-2019. Luis Gonzalez Palma
Retrato de la autora: Sebastián Miquel
Diseño de maqueta: Renata Cercelli
Asesor gráfico: Aldo De Losa
Corrección: Malén Vazquez

ISBN 978-987-4198-20-4

Libro de edición argentina.
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Hasta que mueras

Raquel Robles



FACTOTUM
EDICIONES



Te nombraré veces y veces.
me acostaré con vos noche y día.
Noches y días con vos.
Me ensuciaré cogiendo con tu sombra.
Te mostraré mi rabioso corazón.
Te pisaré loco de furia.
Te mataré los pedacitos.
Te mataré uno con Paco.
Otro lo mato con Rodolfo.
Con Haroldo te mato un pedacito más.
Te mataré con mi hijo en la mano.
Y con el hijo de mi hijo muertito.
Voy a venir con Diana y te mataré.
Voy a venir con José y te mataré.
Te voy a matar derrota.
Nunca me faltará un rostro amado
para matarte otra vez.
Vivo o muerto un rostro amado
hasta que mueras
dolida como estás ya lo sé.
Te voy a matar yo
te voy a matar.

Juan Gelman

FACTOTUM
EDICIONES



Además, la venganza no es menos vanidosa y
ridícula que el perdón.

Jorge Luis Borges

FACTOTUM
EDICIONES



Dedicatoria

Al desamor, que me enseñó a hablar la lengua de la derrota.
A Vito, Vera, Vladimir y Sofía. Porque en toda derrota se
cuece la victoria.

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM

EDICIONES

VARÓN DE 59 AÑOS, INTERNADO CON DESNUTRICIÓN Y DESHIDRATACIÓN SEVERA. ATROFIA MUSCULAR DE MIEMBROS INFERIORES. MIOCARDIOPATÍA DILATADA. DISTENSIÓN DE ASAS INTESTINALES CON DISMINUCIÓN DE PLIEGUES A NIVEL DEL INTESTINO DELGADO Y ÁREAS ULCERATIVAS CON SANGRADO RECIENTE. EXAMEN HISTOPATOLÓGICO: ATROFIA DE VELLOSIDADES EN INTESTINO DELGADO DESDE DUODENO HASTA YEYUNO-ÍLEON. CAUSA DE MUERTE: SÍNDROME DE MALA ABSORCIÓN INTESTINAL.

Es imposible de escribir. Por lo menos para mí. Que lo escriba otro. Siempre me pasa lo mismo. Quiero decir que no, de hecho digo que no, pero mientras estoy negándome entra en mi cerebritito una luz, una pequeña, insidiosa, luz, como atravesando la hendidura de una alcancía esa lucecita que ilumina los posibles beneficios de decir que sí. O más precisamente, me ilumina a mí mismo haciendo lo que estoy negándome a hacer. No sería tan difícil, me digo. De todos modos tampoco estoy escribiendo nada, justo ahora acabo de recibir el golpe de abandonar la novela que estaba escribiendo. El dinero no me vendría mal, me oigo decir con un cantito que me recuerda a mi abuela. Nadie vive del aire. También es cierto que me dio lástima la madre. El hijo de puta se vino con la madre de la chica a tratar de convencerme. Qué le iba a decir. No, señora, lo siento mucho, lamento que su hija se esté pudriendo en la cárcel pero yo no puedo hacer nada. Y la verdad es que no puedo hacer nada. La chica no quiere hablar. No dijo una sola palabra después de la única entrevista que dio. En el juicio, cuando le ofrecieron hacer su descargo, se negó. La madre no sabe casi nada. El expediente es como todos los expedientes: datos, relatos mal contruidos, sin continuidad, todos pegados de cualquier manera. De todos modos ya

se ha dicho demasiado. No hay diario que no haya seguido el juicio minuto a minuto, no hay editorial ni contratapa que no se hayan ocupado de ella, ha habido todo tipo de declaraciones, y sé que hasta hay tesis de doctorado que toman su caso como objeto de estudio. ¿Qué podría agregar y en todo caso qué sentido tiene que eso que diga yo o cualquier otro esté en un libro? Hay gente que piensa que los libros tienen un gran poder. Pero los libros no son la televisión. No se puede hacer una operación política con un libro. Los libros ya no interesan. Pero la madre lloraba y decía que no le importaba, que no quería convencer a nadie, que solamente quería un libro que explicara, que ayudara a entender, un libro que las consolara a las dos de tantas desgracias. Dios mío. “Solamente”. Si yo pudiera escribir un libro que consolara a cualquiera de cualquier cosa ya podría llamarme contento. Con la señora era imposible tratar. Una madre es un ser que por definición no entiende razones cuando cree estar haciendo algo bueno por sus hijos. Pero el mercenario de la editorial, ese sí entiende. Entiende que con un libro más se deshacen de mí. Que les debo un libro porque cobré un adelanto por algo que no llegué a entregar nunca. Un adelanto que hace mucho me gasté. Sabe además que no tengo un centavo así que ofrece un nuevo adelanto para darme un incentivo. Le da lo mismo que se lea o que no se lea. Hasta puede que tenga algún éxito. En definitiva las historias de los asesinos siempre venden. Y si el asesino es una chica, linda y con un pasado trágico, mucho más. Tendrían que haber elegido a otro. A alguien con un pasado menos complicado, alguien que estuviera más lejos de esos hechos. Pero los muy imbéciles siempre piensan que los que vivimos las mismas desgracias tenemos más elementos para escribir sobre ellas. Se dedican a publicar libros y todavía piensan que los escritores escriben sobre sus propias experiencias. Qué ignorantes. En fin, acá

estoy. Por supuesto la novela que abandoné ahora me parece que podría haber sido lo mejor que escribí en mi vida. Si al menos no hubiera quedado en entrevistar a la madre. Es insoportable. Todas las tardes me espera con té, con mate, con café. Compra un surtido de cosas dulces y saladas, como si no supiera bien qué me gusta y no se atreviera a consultarme. Ella sentadita en su cocina diminuta, con las manos apretadas sobre la falda o sobre el pecho, sudando como si yo fuera el juez o un asistente social o alguien capaz de hacer un boquete en la cárcel y devolverle a la hija. Pero sobre todo como si su suerte se jugara en que yo entendiera, de que me convenciera de que la nena es buena, es un ángel, que toda la culpa es de ella. Ahora que lo pienso podría empezar por ahí. Por las visitas a la madre. Es un personaje con muchas posibilidades. No sé. Lo importante es no sentir este fastidio cotidiano. Amigarme con la idea de escribir este libro. O ni siquiera pensar en escribir un libro. Tomar notas, sentarme a escribir un capítulo detrás de otro. Pensar que estoy haciendo gimnasia, entrenando para producir la obra que me espera. Esto es un impás. Es trabajo. Es un paréntesis. Impedir que se me agarroten las manos mientras espero que se despeje la confusión que me empantanó la mente y pueda seguir con mi novela.

Qué gracioso. Ahora llevo una vida clandestina. Vivo solo, no le rindo cuentas a nadie, no hay ninguna persona en el mundo que gaste un minuto pensando qué estaré haciendo en este preciso momento, pero yo tengo una vida secreta. Mientras trato de hacer este libro imposible y hago las entrevistas y tomo apuntes y voy al juzgado y a la cárcel, en mi escritorio, casi a oscuras como si en la vereda pudiera haber temibles espías que están esperando encontrar alguna evidencia para

llevarme preso o incluso para matarme, escribo la novela. He decidido escribir un párrafo por día. Sólo un párrafo. No ceder a la tentación de ir más allá. Hacer una novela a partir de restricciones, como diría Ítalo Calvino. Un juego. No vale escribir más que un párrafo. Apagar el velador cuando el párrafo haya quedado perfecto. Después cierro el documento “novela” y me voy con la computadora a la cocina. Ahí, a la vista de la pava, la mesa siempre un poco grasienta, los cuadritos que quedaron de una decoración femenina que hay días en que hasta no duele y de los fantasmas legales de mi vida, intento darle forma a este mamotreto que no le interesará a nadie, o en todo caso, no llega a interesarme demasiado. Pero ahora que tengo una vida secreta lo hago casi sin fastidio. Es mi cobertura. No tiene que gustarme. Tiene que ser creíble. Verosímil.

¿Sabés cuál es el problema? Es una mujercita pequeña hasta que habla. Entonces crece en la convicción de estar diciendo algo importante. El problema es que nosotros nunca entendimos la derrota. Dice derrota y se toma un momento para fumar. El cigarrillo se consume hasta que la ceniza se dobla y se cae. Vuelan pequeñas hojuelas grises de tabaco y papel quemado y los dos hacemos silencio para sentir el revuelo de tantas almitas muertas. Me vas a decir que lo escuchaste mil veces, que es un lugar común. Pero es así. Nosotros asumimos la derrota como si hubiéramos perdido una batalla. Como si todo fuera cosa de recuperarse, hacer recuento de muertos y heridos y salir adelante. La derrota como una línea de base, entendés, como un diagnóstico de situación. Y la derrota no es eso. Me mira. Quiere saber si estoy entendiendo, si estoy a la altura no sólo del razonamiento, sino de la derrota misma. Porque la derrota parece ser una categoría para pocos. Sólo

los que apostaron todo a la victoria son dignos de la derrota. No es mi caso. Ella habla de nosotros como un gesto de buenos modales, porque mi biografía en la solapa de algún libro dice algo sobre una historia de lucha, de militancia, de generación de la que he formado parte. Pero los hechos, los datos, no siempre reflejan la realidad. Yo aposté. Pero no aposté todo. Nunca apuesto todo. Soy mezquino, tacaño, egoísta. Se para y me da la espalda. Una espalda angosta que termina en una curva que me parece perfecta para olvidar derrotas. Pone la pava en el fuego y sin mirarme me dice: la derrota es entender que perdimos, que no se puede volver a intentar porque no se puede volver, que las consecuencias de esta catástrofe son todavía incalculables. Ahora me mira y me señala con el mate y la bombilla es un dedo que me acusa o me subraya. Pero la derrota es mucho más que eso. Es entender profundamente que lo que se rompió en el pasado no se arregla en el futuro. Me ceba un mate que debió ser para ella. Está frío y feo. Pero no digo nada. Sería una barbaridad interrumpir un discurso tan profundo con una tontería como un mate frío y feo. ¿Sabés qué es lo que hizo que mi hija esté donde está? La esperanza. Porque la derrota implica perder la esperanza y yo, contra todos los muertos, contra la dispersión total, contra la evidencia más flagrante, seguí creyendo. Y ahí tenés el resultado. Pensé que todo lo que había pasado mi hija durante su infancia se iba a arreglar con el tiempo. Que sus obsesiones eran un rasgo de estilo, una muestra de lo muy organizada que era, de la disciplina que había aprendido conmigo. Cuando nombra a la hija vuelve a ser una mujer pequeña. Sentada con la espalda contra la pared, acodada en esa mesa mínima en la que no puedo evitar casi tocarla, fumando como nunca vi fumar a nadie, cebando mate sin atención ni esmero, el pecho se le hunde y es un pajarito que está por cantar su última canción.

Se queda en silencio. Tal vez se haya olvidado de que yo estoy ahí. El protocolo del buen periodista dice que debería hacerle una pregunta para sacarla de ese estado, pero no soy buen periodista. Apenas un escritor que sabe que nadie paga a un escritor por escribir novelas. Por un momento pienso que lo que debería hacer es alzarla. No debe pesar casi nada. Debería alzarla y llevarla hasta su cuarto, meterla en la cama y llevarle una sopa caliente. O meterme con ella en la cama y hacerle el amor hasta que alcancemos los dos la quimera del olvido. Pero tampoco soy un hombre bueno. La dejo sola con su silencio. Le digo que me parece que por hoy está bien, que vuelvo mañana, que gracias por el mate, que descanse, que no se preocupe, que vamos a hacer un libro y que eso nos va a hacer bien a todos. Me mira como si se despertara y comprendiera que una vez más no he entendido nada. Claro, me dice, y saca las llaves del gancho de la pared. No, quedate, seguro que está el portero abajo. No quiero bajar con ella en el ascensor enclenque en el que hay que ponerse de perfil para poder cerrar la puerta. Y la derrota también es eso: la ansiedad por volver a estar solo.

VARÓN DE 74 AÑOS, SUFRE LESIONES EN OCASIÓN DE ROBO. EN HEMITÓRAX IZQUIERDO, A NIVEL DEL SEGUNDO ESPACIO INTERCOSTAL HAY UNA LESIÓN PUNZO CORTANTE PENETRANTE, DE 3 CM DE ANCHO, QUE EN PROFUNDIDAD COMPROMETE LOS PLANOS VASCULARES DEL MEDIASTINO EN 12 CM. SE CONSTATA SECCIÓN TRAUMÁTICA DE LA AORTA A NIVEL DEL CAYADO, Y HEMOTÓRAX IZQUIERDO DE 2000 ML DE SANGRE. EN LA PALMA DE LA MANO DERECHA PRESENTA UNA LESIÓN CORTANTE SUPERFICIAL DE 5 CM, COMPATIBLE CON HERIDA DEFENSIVA. CAUSA DE MUERTE: LESIÓN POR ARMA BLANCA EN TÓRAX. HEMORRAGIA INTERNA.

Es un comienzo tan bueno como cualquier otro. No estoy seguro de ponerme a mí mismo como personaje de esta historia. A quién puede importarle lo que le pasa al escritor en un libro donde se van a contar cosas tan terribles. Creo, sin embargo, que tal vez sirva para acompañar al lector, para darle ánimo, o para decirle el que escuchó esto no fue más valiente que usted y sobrevivió para escribirlo. Para hacer una escritura responsable debería leer un montón de libros. Sobre la historia de las organizaciones revolucionarias, sobre tragedias y genocidios, sobre leyes, juicios y jurisprudencias. Pero no sé si tengo ganas de hacer una escritura responsable. Me inclino más por leer para este libro cuentos de hadas. Por lo del bosque, claro, pero también por cierto maniqueísmo, por cierta simpleza en la valoración de los hechos y las personas. Pienso que una mirada así podría ofender a muchos y en todo caso no sé si cumpliría con los objetivos del libro, y con los míos propios que no son tan altruistas pero son importantes también: cobrar el monto que me prometieron y tener resto para escribir mi novela sin tener que buscar trabajo de oficinista.

Se rompió el cuerito de la canilla. Gotea contra la bacha metálica desde hoy a la mañana. Le puse los platos debajo,

después un vaso, después lavé todo y otra vez la bacha metálica. Da una sensación sonora de bomba activada o de reloj o de puntero de maestra mala que me marca los segundos que pierdo pensando pavadas. Por ejemplo pienso que hace mucho que estoy solo. No es que no lo hubiera notado. Quién puede en esta sociedad donde la pareja parece ser la meta de todo buen ciudadano no darse cuenta de que no ha logrado su cometido. Pero hasta hoy no me pesaba. Pensaba o sentía el dolor de que ella me hubiera dejado, pero no en que estoy solo. Necesito de esta soledad para escribir. Pero, ¿es tan importante escribir? Ya oscureció. En los departamentos de arriba y de abajo y de los costados, todos se preparan para cenar. Se escuchan televisores y cubiertos y conversaciones. Llantos de niños y retos de padres. Agua de duchas y sartenes con aceite hirviendo. Mis vecinos no escuchan nada de mí. Mi gotera es escrupulosa. Sólo machaca para mí. Pienso que la mujer de este libro debe estar sola también. Y pienso que tal vez no. Una mujer así debe tener quien la cuide. Cualquier hombre que se cruce con ella sería incapaz de sustraerse a la tentación de querer cuidarla, de sentirse fuerte dándole cobijo a esa tristeza, a esa melancolía, a esa fiereza que se siente en su fragilidad. Pienso también que mañana me tengo que levantar temprano para ver a la hija y que todavía no escribí mi párrafo perfecto. En aquel momento atravesaba el puente un tráfico realmente interminable, escribió Kafka para terminar “La condena”, ese único relato hecho de un tirón, sin levantarse ni una sola vez de la silla, durante toda una noche. La escribió y creyó que había creado “la frase perfecta”. No sé la cantidad de veces que la leí tratando de encontrar la perfección en esa oración. Por qué era perfecta. Qué fue lo que hizo que Kafka, que nunca estaba contento con nada de lo que escribía, le dijera a Milena que

había escrito una “frase perfecta”. Supongo que es como el “ingrediente secreto” de la sopa del padre adoptivo de Kung Fu Panda. Eso que hace que la sopa sea la más rica de toda China: que todos suponen que tiene un ingrediente secreto, pasado en voz baja de generación en generación, y esa suposición hace que exista algo que no existe: porque no hay tal ingrediente. Y ese es el secreto. Me voy a mi escritorio, al amparo de mi luz pequeña, de mi pequeña clandestinidad a escribir hasta estar seguro de haber escrito el párrafo perfecto. Que será perfecto porque habrá logrado la perfección de haber sido escrito en el secreto de mi más honesto esfuerzo.

La autopista para el lado contrario a la mañana es un alivio para los nervios. Todos van a sus trabajos correctos y yo voy al trabajo equivocado. Ellos tienen su embotellamiento. Yo tengo mi premio a la rebeldía de la mediana edad: voy solo, rápido, viendo el amanecer en el espejo retrovisor.

No es día de visita. La madre me consiguió entrevistas a solas en la oficina del Gabinete Criminológico. La acompaña una mujer de uniforme, pero no la lleva del brazo ni le hace ningún gesto brusco. Parece una relación distante pero cordial. Se sienta enfrente mío sin saludarme. Me impresiona el parecido con la madre. Cuando se lo estoy por decir me ataja: sí, ya sé, soy igual a mi mamá, salvo por el pelo. Le respondo con una sonrisa, pero pienso que justamente eso, su falta total de pelo —está totalmente pelada— es lo que hace que destaque todavía más su parecido. Le voy a preguntar por qué se peló, pero otra vez se me adelanta: el pelo largo o corto incluso, te deja vulnerable. Te pueden agarrar del pelo, arrastrarte, usarlo de manija para darte la cabeza contra la pared. Mi cara

se debe haber desfigurado del espanto porque ella se ríe. ¿No sé yo dónde estamos? ¿Por qué me asombro tanto? Cada pregunta que me hace –o que hace– me golpea en el centro del estómago. Pienso en la madre, en su angustia, en su preocupación. Me siento un poco estúpido pero le pregunto si le pegan, si necesita que hagamos alguna denuncia, si quiere que pida un traslado. Se ríe otra vez. No, no quiere nada de eso. Que no me preocupe, que a ella ya no le pega nadie. Eso fue en los primeros días y ahora todos entienden perfectamente las consecuencias de meterse con ella. Además las chicas ahí aprueban lo que hizo. Y en todo caso que te peguen no es tan terrible, hay cosas peores. Después hace silencio durante un rato. Juega con el gorro de lana entre las manos. Así, con los párpados caídos, se parece a la madre todavía más. Pero cuando me mira, con esos ojos que parecen negros de tan azules, entonces da la impresión de ser la madre. ¿Por qué hacés esto? ¿Le debés algo a mi mamá? Mucha gente le debe cosas. ¿Sos familiar de alguno de los chicos? Niego a cada pregunta. ¿Por qué lo hacés entonces? Pienso un rato. Podría inventar una serie de motivos, pero le digo la verdad. O una verdad: necesito la plata. Le gusta la respuesta. La revolución, la venganza, la justicia, todo eso te importa un carajo, ¿no? Se ríe. Cuando se ríe en cambio es ella, sólo ella. No se parece a nadie. ¿Te molesta si te grabo? Saco el grabador y lo enciendo sin esperar que me responda. La miro y ella me desafía un momento pero después levanta y deja caer los hombros. Hacé lo que quieras. A mí me da lo mismo. Lo que quería decir ya lo dije con lo que hice. A mí no me parece que necesite explicar nada, pero me da pena mi mamá. Pobre. Ella es buena. Pero es muy soberbia, muy omnipotente. Siempre cree que todo es responsabilidad de ella. Dale, preguntame.

Cuando apago el grabador estoy confundido. ¿Tengo el libro completo en esa primera entrevista o no tengo nada en absoluto? Me digo que voy a escuchar la entrevista en casa, tranquilo, que ahora estoy bajo la impresión de su voz cantarina, de sus ojos de petróleo. Antes de irme le pregunto si necesita algo, si la próxima vez quiere que le lleve un libro o cualquier cosa. Tengo un libro, me dice. Y todavía no lo leí más de una vez. Entonces me cuenta lo del entrenamiento. Apenas atino a volver a sacar el grabador y encenderlo. Ya está, ya lo tengo. En primera persona. Contar el entrenamiento es contarlo todo. Ella es esa locura de entrenarse en leer una sola cosa durante tanto tiempo como se pueda.

MUJER DE 81 AÑOS, SUFRE DESCOMPENSACIÓN CARDIO RESPIRATORIA EN LA VÍA PÚBLICA DURANTE UNA PROCESIÓN RELIGIOSA. CIANOSIS DE CARA Y CUELLO. EDEMA DE CUERDAS VOCALES Y EPIGLOTIS. CARDIOPATÍA HIPERTRÓFICA Y DILATADA. PULMONES HIPERINSUFLADOS Y CON ATRAPAMIENTO AÉREO DE ASPECTO ENFISEMATOSO. TAPONES MUCOSOS EN BRONQUIOS. RESULTADOS TOXICOLÓGICOS: SALBUTAMOL (BRONCODILATADOR) EN GRADO DE SOBREDOSIS TÓXICA. CAUSA DE MUERTE: ARRITMIA CARDÍACA POR BRONCODILATADORES. ENFERMEDAD PULMONAR OBSTRUCTIVA CRÓNICA.

Durante años, cada vez que compraba un diario o veía mis libros en la mesita de luz o miraba un pedazo de papel escrito, o el prospecto de un medicamento, o las instrucciones de un electrodoméstico pensaba: ¿qué pasaría si estuviera presa y tuviera únicamente “esto” –este diario, estos libros, este pedacito de papel, este prospecto o estas instrucciones– para leer? ¿cómo lo leería? ¿todo de una vez y después volvería a empezar? ¿lentamente, analizando párrafo por párrafo? ¿me lo aprendería de memoria? ¿lo convertiría en un mantra, en un rezo antes de irme a dormir? ¿haría nuevos textos haciendo un leve agujerito debajo de las letras para formar palabras?

Siempre supe que mi vida tenía dos posibles finales: la muerte o la cárcel. Para la muerte no hay entrenamiento posible. Lo único que se puede hacer es intentar evitarla y de todos modos, al final llega. Pero para la cárcel sí se puede estar preparada. Así que me preparé. Cómo hacer de un párrafo una compañía de un año. Cómo sacarle el jugo a veinticuatro palabras. Me convertí en una experta. Pero nunca me relajé. La práctica es fundamental. El año que cumplí veinte, por ejemplo, compré un solo diario. Lo leí todos los días. Aprendí no sólo a aprovechar cada letra,

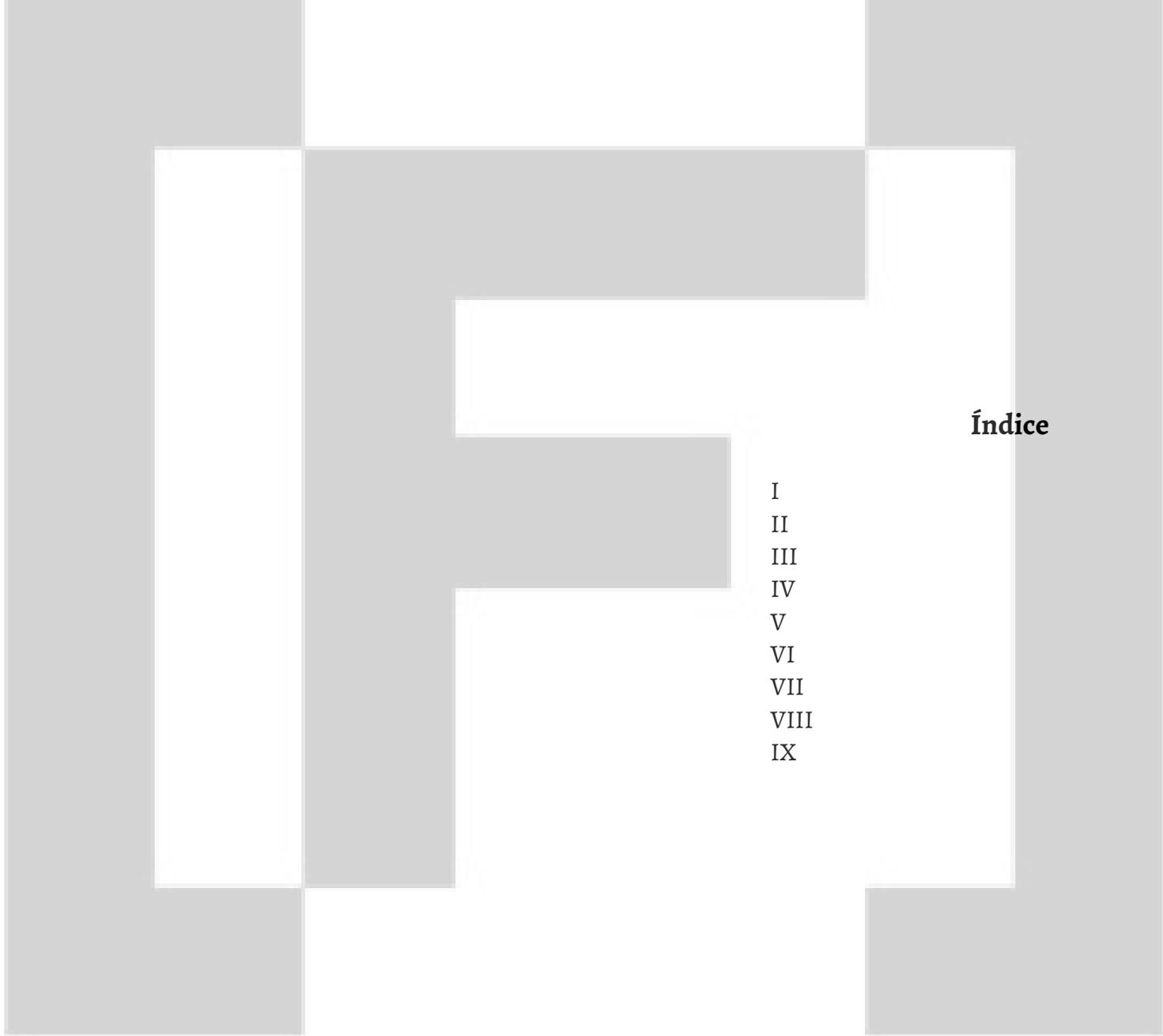
sino a manipularlo dañándolo lo menos posible. Pero lo más importante que aprendí es a tener paciencia, a armar un proyecto con elementos pequeños, con aspiraciones mínimas. Ese año logré sentir una ilusión de enamorada pensando en que al día siguiente me tocaba empezar una nueva sección. Pasar de Política a Internacionales. Todo el día con la sensación de haber terminado algo importante, de haber cerrado un capítulo fundamental de mi vida, con la expectante compresión en el diafragma de saber que al día siguiente se abriría una nueva oportunidad. Y pasar la noche soñando con esos titulares. Que conocía bien, porque llevaba un año leyéndolos, y sin embargo me parecían tan nuevos. Como si fuera a reencontrarme con un compañero de la secundaria con quien no había tenido una relación que mereciera la pena recordar, pero con una noche entera para soñar que los años que nos separaban de la adolescencia tal vez lo habían convertido en el hombre de mis sueños. La gente común piensa que para sobrevivir en la cárcel hay que ser fuerte, saber defenderse de los golpes, soportar las humillaciones de los verdugos. Todo eso es importante, claro, pero eso se consigue con altas dosis de adrenalina que se segregan más allá de la voluntad y con convicción ideológica. Grandes temas, digamos, que sólo sirven para aguantar un momento. Esas son lesiones que se pagan más tarde, el cuerpo recuerda que fue herido mucho tiempo después de haber perdido las marcas, mucho después incluso de haber olvidado los detalles. Soportar esas cosas te salvan de la muerte, pero no te hacen sobrevivir. Lo que realmente hace que alcances la línea de llegada es no enloquecer. Y para eso es absolutamente imprescindible darle un sentido íntimo al tiempo. Pequeños proyectos: eso es lo que te hace caer parado.

Cuando termino de escribir me siento eufórico. Pero dura poco. No estoy seguro. Escribir en primera persona me resulta difícil. ¿Con qué coraje voy a tomar la voz de ella? Está grabada, tengo la coartada de estar haciendo lo que hicieron muchos antes que yo. De eso se trata, entre otras cosas, el nuevo periodismo. Pero no es el género lo que me preocupa. Es ella. Ella y la madre. Estoy demasiado cerca, me digo. No puedo pensar en la opinión de ellas. Son fuentes, en definitiva. Pero esa terminología de periodista no me salva. Trato de despejarme. Me levanto. Apago todas las luces de la casa y la camino de memoria. Hubo un tiempo, otro tiempo, que había una mujer que se quejaba de mis pasos en el piso de madera. Vení a la cama, me decía y yo no la escuchaba. Dejaba para después, con esa seguridad estúpida de los enamorados de que siempre habrá después. Ahora escucho los zapatos rechinar en el piso de madera y sólo pienso en los vecinos de abajo. Me saco los zapatos y sigo caminando, pero mi departamento es demasiado pequeño para mi ansiedad. Debería salir. Pero soy vago. Este libro está ocupando más espacio del que debería, me digo. Tengo que sentarme a escribir mi novela. Eso es lo único que importa. La novela tampoco le importará a nadie, pero eso no me preocupa. La literatura suele no importar. Hace mucho que sé que no voy a escribir lo que quisiera. Soy un lector demasiado despierto como para no saberlo. Sin embargo siento que tengo una deuda conmigo. Que cuando haga mis cuentas al final de la vida sabré que escribí esta novela y que eso me va a reconciliar con todos los fracasos. Con la derrota, como dice la madre. Entender la derrota. Quién quiere entender semejante cosa. Un suicida únicamente. Qué queda después de haber entendido la derrota. Nada. La muerte. Me sirvo un vaso de agua y así, a oscuras, me siento a escribir mi novela. En cuanto abro el documento me doy cuenta de que el tema

es el mismo. El corazón me da un golpe tan fuerte que tengo miedo de un infarto. La venganza. ¿Cómo no lo vi antes? Me dan ganas de abandonar todo. Me asusto tanto que quiero llorar. No sé por qué me da tanto miedo este descubrimiento. Tenía mucha seguridad en la escisión de los dos proyectos. Ahora tengo una sensación horrible, perturbadora: un poder superior me guía, o más bien guía lo que me pasa. Nunca antes se me había ocurrido pensar en el destino. Pienso en la chica, en la cárcel, en su certeza, en su confesión. Pienso también en la madre, en su pechito hundido, en sus ganas de ser culpable de todo, en sus noches solitarias o acompañadas. Me descubro deseando que no haya un hombre en su cama. Cómo se puede tener un pensamiento tan trivial en un estado de casi éxtasis místico, no sé. Pero la cosa es que estoy celoso de esa sombra y que tengo miedo de la mano de Dios. Todo al mismo tiempo.

Cuando me abre la puerta la madre, abajo, la puerta de vidrio del edificio, apenas me mira. Tiene un vestido a cuadritos celeste y blanco. El pelo, abundante, pajoso, está recogido en un rodete muy apretado. En el ascensor huelo un perfume floral. No sé si es desodorante, colonia, jabón o champú. Me turba la imagen de ella en la ducha, pero mis celos –ridículos, absurdos– me hacen odiarla un poco, pensar en que se ha bañado no porque yo venía sino para borrar las señales de ese hombre que ha compartido la cama con ella. Ninguna de las dos, ni la madre ni la hija, es lo que en esta sociedad se llama jóvenes. La madre tiene sesenta y cinco años, la hija tiene cuarenta y cinco. Sin embargo se ven tan niñas las dos. El cuello de la madre ya no está tan firme, sus antebrazos tampoco. Y eso es todo. Eso no es todo en realidad. Tiene un pecho pequeño, pero por eso mismo no parece preocuparse en

ocultarlo con la ropa. No usa corpiño ni se preocupa porque el escote sea demasiado amplio. Como si no hubiera nada que ocultar. Esa negligencia, digamos, me deja siempre mirando más tiempo del que debería su dos tetas, chiquitas, pero firmes y con pezones sensibles. El roce de la ropa, un poco de frío, cruzarse de brazos, cualquier cosa puede hacer que sus pezones sobresalgan como dos botones que piden ser tocados, manipulados, calmados. El número sesenta y cinco no le queda bien. Como a la hija tampoco le sienta bien el cuarenta y cinco. Tal vez sea mi propia edad la que me da esa perspectiva. Yo también tengo más de sesenta años y me siento acabado. Y ninguna de ellas parece haber acabado nada. En la casa hay olor a comida. El perfume de ella, desodorante, o colonia, o jabón, o champú, queda eclipsado por ese olor. Perdón, dice, esta casa es tan chiquita que no se puede cocinar un bife sin que hasta el papel higiénico quede impregnado de olor a comida. Sentate, dice. ¿Qué te sirvo? La pregunta me parece muy difícil. Pregunta de examen. Quiero hablar del bosque hoy, le digo en cambio. No pensaba decirle eso, pero ante la duda –¿mate? ¿café? ¿churrasco? ¿agua nada más?– le digo eso y me arrepiento en seguida. No estaba preparada. Se sienta en la silla contra la pared como si le hubiera dado un cachetazo. Se somete, de todos modos. No quiere que piense que tiene algo para ocultarme. Me voy a tomar un whisky entonces, me dice. No me pregunta nada y me sirve uno a mí. Son las dos de la tarde. A las siete, cuando me vaya, apenas voy a poder encontrar mis pies para irme a mi casa. Voy a estar tan borracho que no me daré cuenta de que estoy llorando hasta que alguien me pare en la calle para saber si estoy bien, si necesito algo, si quiero que llame a alguien.



Índice

I	13
II	35
III	55
IV	69
V	87
VI	103
VII	121
VIII	163
IX	199

FACTOTUM
EDICIONES

Agradecimientos

A Florencia Mangini, Luis Matini y Ernesto Lorenzano por prestarme su memoria.

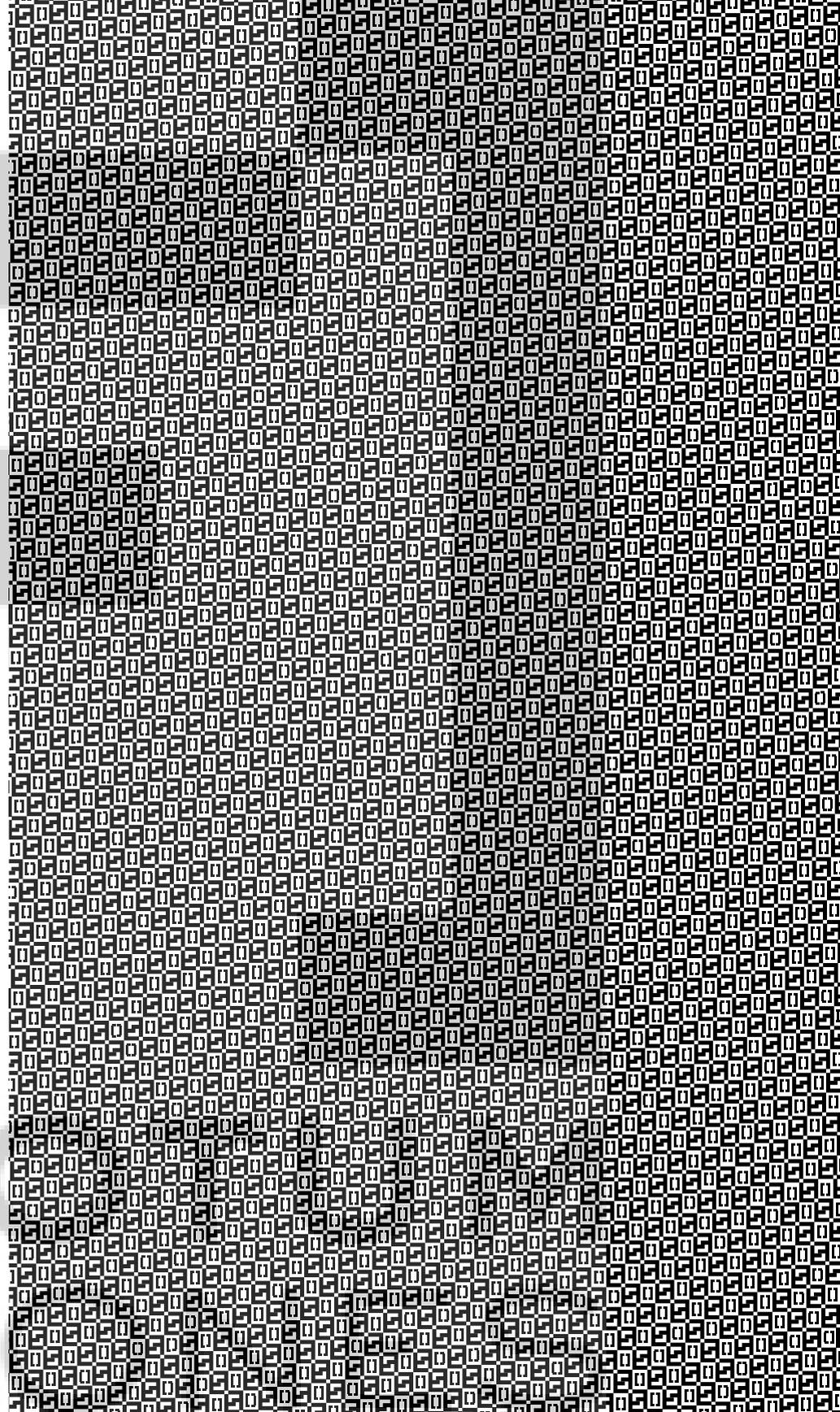
A Miriam Paz, Miguel Molfino, Eugenio Reati, Alba Camargo y en ellos a todos los que me donaron a su villano favorito para que pudiera morir en esta novela.

A Cecilia Rodríguez, Ricardo Cohen, Eloy López y Cristina Lozano por asesorarme en los aspectos técnicos de esta novela con tanta pasión.

A Silvia San Martín, por trenzar con pequeños gestos de amor y solidaridad la red que nos sostiene a tantos.

A Paola Rossi, por todo.

FACTOTUM
EDICIONES



[F] Hasta que mueras

Compuesto en Alegreya, del tipógrafo argentino Juan Pablo del Peral. Impreso sobre papel Bookcel de 80 g/m² en los talleres de Buenos Aires Print, Pte. Sarmiento 459, Lanús, Buenos Aires, Argentina, en el mes de agosto de 2019.

